

des y comportamientos que corresponden a transgresiones de contenido sexual.

Es importante señalar que hemos constatado este tipo de dinámicas simétricas con más frecuencia en familias pertenecientes a las clases favorecidas de la sociedad. En los sectores más populares tenemos la impresión de encontrar más habitualmente los patrones correspondientes a las dos primeras situaciones descritas, es decir, patrones más bien complementarios.

Sin embargo, a pesar de las diferencias, en los tres modelos de interacción descritos la esposa se abstiene de cumplir con una verdadera función maternal respecto a sus hijas. Demasiado impregnada por el personaje conyugal que tiene que encarnar, se relaciona con sus hijas de una manera ambigua y ambivalente; a veces las considera sus aliadas, otras sus rivales, llegando a vivirlas como verdaderas cargas, origen de sus preocupaciones y problemas.

Jorge Baudry
"El dolor invisible de la
infancia"
Paidós, Barcelona, 1998

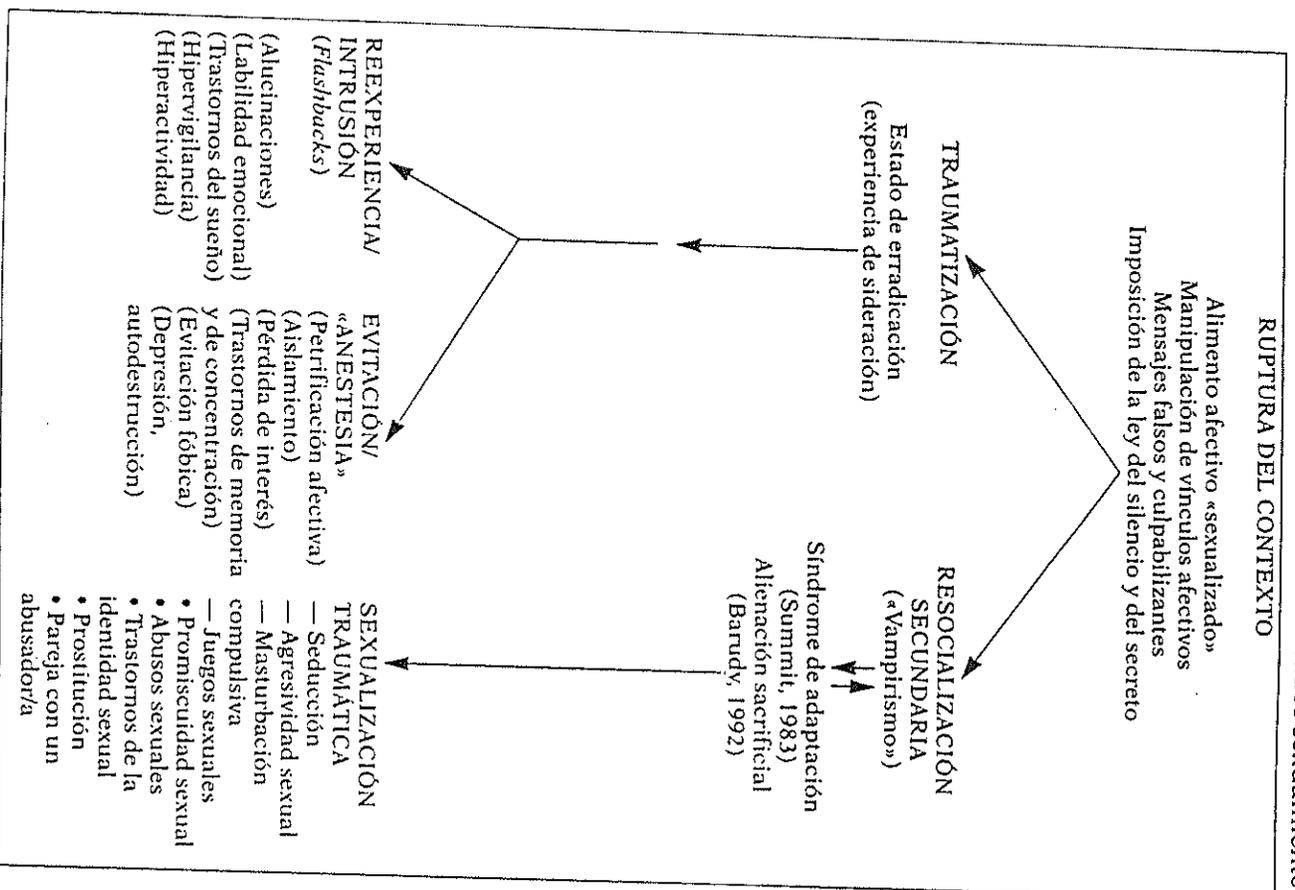
9. CONSECUENCIAS DE LOS ABUSOS SEXUALES PARA LOS NIÑOS

Como ya hicimos al hablar de los niños víctimas de negligencia y violencia física, utilizaremos la idea de la carrera moral para describir el sufrimiento de los niños de los que se ha abusado sexualmente. Nos parece pertinente abordar la familia incestuosamente abusiva como un sistema o una institución totalitaria en el sentido empleado por Goffman (1975), controlando y vigilando la totalidad de las actividades de sus miembros. El grado de totalitarismo familiar es diferente en cada situación, pero esta noción nos parece clínicamente pertinente para describir la relación que el abusador impone a su víctima. El agresor ejerce un control sobre su víctima, ya sea a través de la sugestión, de mentiras, de chantaje afectivo, de intimidación y/o a través de la utilización de la violencia. En el abuso intrafamiliar, la víctima depende de manera vital de su abusador. Se encuentra pues en una situación de dependencia extrema y, si es muy joven, sobre todo sin distancia afectiva y social que le permita defenderse de su abusador.

A diferencia del abuso físico, donde las experiencias extremas eran el dolor, el miedo y la impotencia, las experiencias extremas en el caso del abuso sexual son el goce sexual, la manipulación de los lazos afectivos, un discurso culpabilizante, así como la obligación del silencio, y del secreto. Las consecuencias de esta situación son la aparición de efectos traumáticos (angustia, miedo...) y también del proceso que hemos llamado «alienación sacrificial». La alienación sacrificial es el proceso de adaptación de la niña y del niño a la situación teniendo en cuenta su dependencia del abusador y el proceso de sumisión y de manipulación que este le impone. Hemos llamado «proceso de vampirización» a este caso, y es comparable con el proceso de «lavado de cerebro» utilizado en los países totalitarios para lograr la sumisión incondicional de sujetos rebeldes, sin utilizar la violencia física (Lauret, 1975).



CUADRO 15. La carrera moral de los niños abusados sexualmente.



Los efectos de la traumatización se manifiestan rápidamente una vez comenzado el abuso, pero la víctima, a pesar del sufrimiento, mantiene una distancia con respecto a su abusador. Tiene toda vía el sentimiento de ser víctima, aun cuando el contexto no le permita hablar de lo que le sucede. Las manifestaciones que genera la alienación sacrificial corresponden más bien a efectos a largo plazo. En este caso, el grado de manipulación afectiva y las prescripciones del abusador han logrado hacer desaparecer la distancia con su víctima. Esta ya no tiene la posibilidad de reconocerse como tal y cambia poco a poco la imagen de sí misma, considerándose «la sinvergüenza» o la «mala» que ha inducido la situación. De esta manera se instala el proceso que denominamos «vampirización».

El carácter traumático de los comportamientos sexualmente abusivos se debe al hecho de que las actuaciones del adulto se sitúan fuera del cuadro de la experiencia habitual del niño. Estas acciones alteran sus percepciones y emociones con respecto a su entorno, creando una distorsión de la imagen que tiene de sí mismo, de su visión del mundo y de sus capacidades afectivas.

Dado que las agresiones forman parte de un proceso que transcurre en el tiempo, es importante distinguir los signos que corresponden a la fase inicial de la interacción abusiva, de aquellos que corresponden a una fase intermedia o de equilibrio donde la víctima acepta bajo presión la situación como la única posible, de los signos que corresponden a una tercera fase: el momento de la «destabilización» de la interacción incestuosa, provocada ya sea por fluctuaciones introducidas por la víctima, por cambios en el cuadro familiar o por la rebelión activa contra el abusador. Todo esto suele conducir a una revelación de los hechos.

EL COMIENZO DE LA INTERACCIÓN ABUSIVA: LA RUPTURA DEL CUADRO VITAL DE LA VÍCTIMA

La historia de Cindy nos permite ilustrar no sólo las dificultades para los que rodean a la niña o al niño para tratar de imaginar la posibilidad de la existencia de una situación abusiva, sino también las diferentes manifestaciones traumáticas de la experiencia en los primeros momentos del abuso.

Cindy tenía seis años cuando su padre empezó a acariciar sus genitales al mismo tiempo que se masturbaba. Tenía nueve años cuando intervinimos, a solicitud del médico que trataba al padre por depresión, ya

que éste le había confesado sus actitudes hacia su hija. Tratando de ayudar a la niña a reconstruir las circunstancias de la agresión, ella nos dirá: «Al comienzo estuve un poco sorprendida por los juegos de papá, pero como era tan pequeña creí que era normal. Pero encontraba asqueroso que mi padre me pidiese que le tocara su pene, que se ponía duro como un bastón y más asqueroso aún cuando me lo ponía en la boca. Otra cosa que no me gustaba es que él insistía siempre en que no dijese nada a mamá». Las personas cercanas a la niña, sobre todo los profesores, habían constatado un cambio súbito en ella. En su último curso esta niña, que había sido muy alegre, comunicativa y gentil, se había transformado en poco tiempo en una niña introvertida, llorona y temerosa, que difícilmente seguía las indicaciones de su profesora; un cambio de escuela no arregló las cosas. A las manifestaciones ya señaladas, se agregaron crisis de pánico provocadas por la presencia de desconocidos, una tendencia compulsiva a la masturbación, una intolerancia regresiva a la frustración y trastornos de aprendizaje.

El relato de la madre nos permitió conocer otros aspectos de los cambios presentados por la niña. Hasta los cinco años, su hija fue «una niña sin problemas», quizás un poco adelantada para su edad, pero su madre lo atribuía al hecho de que era hija única y mimada en exceso por ellos. Su marido adoraba a su hija y desde que era pequeña él se ocupaba de cambiarla, bañarla y contarle un cuento antes de dormir. Poco a poco la niña empezó a cambiar: primeramente presentando perturbaciones en el sueño: se despertaba por la noche, gritando; todo la asustaba y fue enérgica a partir de ese momento. La madre se inquietó y habló con su marido quien trató de calmarla diciéndole que todo pasaría. También habló con el pediatra, quien atribuyó las agitaciones de la niña a la muerte del abuelo materno, a quien quería mucho. La niña fue entonces atendida por una psicóloga presentando una cierta mejoría en sus dificultades. Simultáneamente el padre comenzó a encontrarse peor; consultó a un psiquiatra, a quien terminó por decir la verdad.

Cuando los comportamientos del padre de Cindy cambiaron de naturaleza y ella se enfrentó a un cambio inesperado en su cuadro de vida habitual, esto produjo en Cindy, como en todos los niños, un estado de confusión, de pérdida de puntos de referencia, con la experiencia subjetiva «de un estado de sideración». Estamos frente a lo que se llama «ruptura de contexto». Los comportamientos abusivos, con su contenido paradójico, producen el cambio de un contexto de cuidados e intercambios familiares hacia uno abusivo sexualizado. El contexto percibido como un metaversaje amenazador provoca confusión en los niños, generando un estado de «sideración». Existe una confusión metacontextual entre el padre y su hija (Bateson, 1977) donde la víctima esta confrontada a una si-

tuación comparable al «estado de erradicación» que se produce cada vez que un sujeto se enfrenta a una ruptura de sentido en su medio ambiente.

La víctima, sometida a este cambio y a la confusión de la paradoja abusiva, pierde su equilibrio habitual. Esta situación desencadena estrés, angustia y pérdida de energía psicológica en el niño, la que él necesita para continuar creciendo, es desviada para adaptarse a ese cambio de contexto.

Los cambios de comportamiento del padre perturban la relación del niño con su cuerpo y el descubrimiento de su sexualidad. Hasta ese momento el descubrimiento de la vulva o el pene eran fuente de exploración de sí mismo, el descubrimiento de placeres y estimulaciones hasta entonces desconocidos. Esos descubrimientos permitían al niño, de una manera natural y a su ritmo, aventurarse a la exploración del otro, igualmente sexualizado. Los comportamientos del abusador provocan un traumatismo a nivel de lo vivido corporalmente, expresado en frases tales como: «Eso es asqueroso», «no me gusta aquello», «cuando mi padre me ponía su pene en mi boca creía que me iba a ahogar».

La niña o el niño están afrontando de manera brutal la visión concreta de una sexualidad adulta, que es percibida como diferente e impresionante, sin poseer los elementos que le permiten comprender esta diferencia. La confusión esta reforzada por la ambigüedad de las actitudes del abusador, que trata en todo momento de normalizar las relaciones o, como en el caso de Cindy, su padre minimiza o banaliza las manifestaciones de sufrimiento de la víctima. El aislamiento y la ausencia de puntos de referencia refuerzan los sentimientos de angustia y de culpabilidad inducidos por el abusador. De esta manera, la víctima no puede servirse más que de ese adulto, de ese padre, como referencia de normalidad y de ley. El sentimiento de seguridad, de protección del niño, ya no está asegurado ni física ni simbólicamente. Las escenas agresivas son revividas de múltiples maneras a través de pesadillas o de terrores nocturnos y diurnos, incluso en ausencia del abusador.

A diferencia de otros traumas, aquí no se trata de un hecho único, sino más bien de un proceso recurrente y progresivo. Desencadenado el abuso, el niño vive con el temor de su repetición. Esta situación amplía la angustia, agotando las reacciones defensivas más estructuradas. Como el agresor es parte de «su cuerpo familiar», la víctima esta imposibilitada de nombrarlo, denunciarlo, o poder usar palabras para elaborar el estrés. Citemos a Nathalie Schweighoffer (1990):

Acuérdate de tus doce años. Sólo está el miedo... y cuando éste te sumerge, te quedas estupefacta. Nadie te ha enseñado a combatirlo, a defenderte de él. Entonces te quedas allí, paralizada, dispuesta a sufrir, a suplicar, a llorar; es lo único que puedes hacer. Aparte de llamar a Dios, que te socorra, o a tu padre, ¿qué otra cosa se podría encontrar a los doce años? Dios se largó al mismo tiempo que papá. Queda el silencio del horror que pasa sobre tu cuerpo, con manos que ensucian...

Estas consideraciones nos llevaron a no adoptar el PTSD, definido por el DSM IV, para describir las manifestaciones traumáticas de los abusos sexuales intrafamiliares. Preferimos hablar de manifestaciones de un proceso traumático biopsicosocial, de carácter sexual. Los niños de los que se abusa sexualmente presentan una hipersensibilidad frente a diversos estímulos que les recuerdan los hechos abusivos. He aquí las palabras de una joven de dieciocho años que sufrió abusos de su padre entre los seis y los catorce:

Algunos meses después de que mi padre comenzara a tocarme, tuve el sentimiento de que hacíamos algo prohibido. Esta impresión se reforzó cuando insistió en que no dijese nada a mi madre.

La reminiscencia de los acontecimientos traumáticos se expresa por medio de estados disociativos. En un contexto alejado del abusador, en la escuela por ejemplo, la víctima puede verse invadida por el ambiente abusivo (*flashback*) y comportarse durante algunos minutos, o a veces durante horas, como si reviviese la agresión. Estos estados pueden ser comprendidos como consecuencia de la angustia, o como estrategias destinadas a representar lo acontecido con objeto de imaginar que se puede controlar. En este último caso, asistimos a un fenómeno de *repetición móvil* donde la víctima, ya en la fase intermedia del proceso abusivo, trata de repetir algunos de esos actos o de desencadenar «afectos» para controlarlos y superar de esta manera la angustia de ser una víctima pasiva.

El diálogo psicoterapéutico con adolescentes consumidoras de drogas como la heroína, que han sido víctimas de incesto, nos ha permitido establecer conexiones entre dicho consumo y la experiencia abusiva. Para algunas de ellas, la utilización de estas sustancias equivalía a desafiar a la droga, para poder experimentar una sensación de controlarla. Pero por otra parte el efecto de la droga les procura una sensación de goce comparable a la que el abusador les había hecho sentir.

Las víctimas pueden presentar un síndrome persistente de hiperactividad, y de hipervigilancia. También dificultades para concii-

liar el sueño, terrores nocturnos, comportamientos de hipervigilancia y dificultades de concentración y para terminar una tarea. La presencia de comportamientos agresivos también es frecuente. En las situaciones menos graves las víctimas muestran un carácter irritable, con dificultades para adaptarse a los cambios y manejar la frustración y los imprevistos, por miedo de perder el control y por no poder controlar las emociones desencadenadas por las frustraciones. En los casos más graves, en que la víctima ha recibido abusos durante largos periodos de tiempo, y sobre todo con violencia física, mostrarán con mayor frecuencia explosiones de cólera, la mayoría de las veces imprevisibles.

Nathalie, una niña que sufrió abusos de su padre desde los nueve años, tenía la reputación de ser agresiva y peleonera. En efecto, cualquier conflicto o pelea con sus compañeros de clase o una observación de un profesor desencadenaba una crisis de cólera en la que podía agredir físicamente a quien se le pusiera por delante. Fue necesario mucho tiempo para que Nathalie se diera cuenta de que era su miedo el que desencadenaba su agresividad. Miedo de sentirse criticada o rechazada, miedo de que su secreto y su vergüenza fuesen descubiertos.

Asustada por el fenómeno de revivificación, la víctima trata de evitar los pensamientos y sentimientos asociados con los actos abusivos. Sus mecanismos de defensa le llevan a reducir sus contactos con el mundo exterior. Este estado corresponde a la «anestesia psíquica y emocional» descrita en el DSM IV, o al «estado de evitación e insensibilidad» descrito por Ammerman y Hersen (1990). Los síntomas asociados a esta reacción son, por ejemplo, la reticencia a ir a algún lugar determinado, el aislamiento social con una tendencia a repliegarse y detenciones bruscas en los juegos habituales, con pérdida de interés hacia las actividades que eran atractivas antes del abuso.

Las víctimas presentan además una disminución de la capacidad de sentir las emociones asociadas a la intimidad, al contacto físico y a la sexualidad. En la edad escolar aparecen en casi todos los casos trastornos del aprendizaje con caída brusca del rendimiento escolar; también son frecuentes las perturbaciones en la capacidad de concentración y memoria, sobre todo ligadas a los acontecimientos traumáticos.

Un buen número de pacientes víctimas de incesto se defienden del horror abusivo a través de la no simbolización en la memoria de la experiencia, por lo que posteriormente tendrán dificultades para

describir con detalles las circunstancias en las que sufrieron abusos. Estas constataciones clínicas se oponen a la lógica judicial, en donde lo que determina la veracidad del relato de la víctima es su capacidad para dar detalles de lo que le ocurrió.

La víctima, para resistir a la agresión, utiliza a menudo estos mecanismos disociativos, entregando su cuerpo al agresor, porque no tiene otra alternativa, pero refugándose en su pensamiento. A este respecto Nathalie Schweighoffer, víctima de incesto, escribe en su libro *Yo tenía doce años* (1990):

¡Cuántas veces trate de decir no, de zafarme, de girar la cabeza, de escapar de sus manos! ¡Cuántas veces cerré los ojos para no ver su cuerpo, para intentar aislarme y transformarme en piedra! Una piedra, sí, sin piel, sin nervios, sin estómago que se agita, sin tripas que se mueven, sin ojos para ver, sin oídos para oír.

Otros mecanismos de defensa utilizados habitualmente son las fobias a situaciones o actividades que recuerdan o simbolizan los acontecimientos abusivos. Estas fobias, y la somatización tan corriente en los casos de incesto, perturbaban el desarrollo del niño. A medida que el proceso abusivo progresa en el tiempo, una fase intermedia de equilibrio se instaura. En esta fase, como consecuencia del «proceso de vampirización», la víctima puede realizar actos agresivos con connotaciones sexuales. Estos pasos al acto pueden provocar reacciones de rechazo en su entorno o exponerle a nuevas agresiones.

Estos comportamientos corresponden a conductas de seducción, de masturbación compulsiva en los niños y niñas pequeñas o a un interés exagerado por los genitales de los otros y de los animales. Además los niños pueden realizar dibujos con detalles de orden sexual evocadores de la situación abusiva. Los trastornos del comportamiento, así como el contenido de los dibujos, constituyen indicadores indirectos cuya presencia puede facilitar el diagnóstico de abuso sexual.

LA CARRERA MORAL DE LOS NIÑOS ABUSADOS SEXUALMENTE

El proceso de «alienación sacrificial» aparece ya a medio plazo en el proceso relacional de los abusos sexuales. La interacción abusiva se «circulariza» a tres niveles: las actuaciones del abusador, la respuesta adaptativa de la víctima, y la necesidad de cohesión de

la familia. Un estudio profundo de los diferentes componentes de este juego interaccional, así como los lazos entre ellos, suelen dar al lector nuevas informaciones para comprender las manifestaciones de las víctimas que son la consecuencia de este proceso.

Las niñas y los niños son el objeto de un proceso de *resocialización secundaria* bajo la influencia de su abusador. La víctima se adapta a la intimidad de este proceso tratando de salvar lo que le es posible salvar.

El término «resocialización» es entendido en el sentido de una socialización forzada, fenómeno típico de las instituciones totalitarias (Páez, 1979) y el término «secundario» se refiere al hecho de que el abusador impone a su hija un rol específico: el de una «muñeca» capaz en todo momento de responder a sus deseos y exigencia de relaciones sexuales al mismo tiempo que le impone la creencia de ser la responsable de lo que le ocurre. Este proceso de «socialización forzada» está facilitado por la asimetría entre los derechos y los poderes; primero entre los sexos y luego entre los adultos y los niños, reforzada por el arquetipo cultural de dominación de los hombres sobre las mujeres y los niños.

La argumentación utilizada para implicar a la víctima o para mantener el secreto es, por lo general, hábilmente manejada por el adulto en función de la edad de la víctima y de su vulnerabilidad emocional. Así, a una niña de cinco años atendida en el programa, su padre abusador le presentaba su forma de actuar como «un juego secreto para ayudarla a crecer»; otros acusaban a sus hijas preadolescentes o adolescentes de excitarlos hasta tal punto que no podían retenerse, o utilizaban argumentos falsos como: «Eres tú la que me acosas», «estoy seguro de que esto te gusta», «a todas las mujeres les gusta», «tú no quieres dar a tu padre lo que le das al inútil de tu amigo».

En otro caso el padre de una niña le decía repetidamente durante el periodo «preparatorio» al abuso: «Tú eres la única que sabe comprenderme», «felizmente existes porque nadie se interesa realmente por mí, si tu madre se hubiese mostrado más tierna conmigo, yo no hubiera tenido la necesidad de hacer esto contigo». En esta clase de discursos, el abusador delega una misión a su víctima en el sentido enunciado por Stierlin (1977), es decir sacrificar sus deseos y necesidades para satisfacer los suyos.

Por otra parte el abusador intenta por todos los medios aislar a la víctima de su entorno inmediato, así, la madre es también designada como responsable de la situación y de esta manera el abusador sabotea la confianza que tiene la víctima en ella, ampliando su

aislamiento. Otros comentarios persiguen el mismo objetivo, como por ejemplo: «De todas maneras, si le cuentas esto a tu madre, no te creará jamás. Ella sólo escuchará mi versión y yo diré que mientes», o «tu madre sabe muy bien lo que estamos haciendo y no le importa; ella está demasiado ocupada en sus asuntos». El abusador puede crear además un clima de terror con amenazas físicas, de asesinato colectivo de todos los miembros de la familia, seguido de su propio suicidio.

La «resocialización» forzada será por lo tanto el resultado del contenido de los mensajes y del carácter paradójico de la comunicación impuesta por el abusador. La víctima no puede hacer otra cosa que adaptarse al modelo relacional de su abusador, comunicando su drama con trastornos de comportamiento que lo denuncian de una forma encubierta; por ejemplo: «Yo me presento como una joven sexualizada, seductora y perversa, pero detrás de mi personaje disfrazo mi experiencia por recibir abusos y así, sin el poder para divulgarlo, me callo para protegerme y proteger a los míos».

Este proceso relacional corresponde al descrito por Summit (1983) bajo el nombre de *síndrome de adaptación*, que identifica cinco fases referidas particularmente al abuso intrafamiliar, aunque podemos igualmente encontrar estos elementos en los casos de abuso extrafamiliar. Las dos primeras, la aceptación por parte de la víctima de la ley del silencio y la participación pasiva del niño en su abuso se deben a su situación de vulnerabilidad y dependencia. Las otras tres corresponden a la aceptación de la situación, a la revelación tardía y no convincente, y a la retractación después de la divulgación, que demuestran más bien una «participación activa» de la víctima como resultado del «logro de la resocialización» impuesta por el abusador.

La víctima acepta la ley del silencio como una fuente de seguridad para ella y su familia. Además, el niño se siente investido de una forma culpabilizadora de un poder sobre su propia destrucción o su propia supervivencia y la de su familia.

El sentimiento de impotencia procede de la dependencia, de la asimetría de las relaciones de poder, y del aprendizaje forzado de la sumisión impuesta por el adulto. Esta impotencia está reforzada por los mensajes que provocan en el niño sentimientos de soledad, vergüenza y culpabilidad. En este contexto, el niño no puede apoyarse ni sobre su tejido social, ni sobre su propio yo; está, por lo tanto, a merced de su abusador. A medida que el tiempo pasa, el niño cae preso en la trama, entrando activamente en el «juego» de su

agresor. Para controlar su angustia, su culpabilidad y su soledad, debe recrear una imagen satisfactoria de sí mismo y de su agresor, distorsionando la realidad con la idealización de este último y negando su propio sufrimiento (Miller, 1984). Esta idealización es el resultado de una distorsión cognitiva como consecuencia de la necesidad vital que tiene el niño de los cuidados de los adultos y de pertenecer a una familia, pero también se debe al hecho de que muy a menudo los abusadores desorientan objetivamente a sus hijos presentándose como sujetos llenos de cualidades. Los abusadores están atrapados en una dinámica de autoidealización que les impide ponerse en el lugar de su víctima y representarse sus actos como un abuso de poder o como la consecuencia de su propio sufrimiento y fragilidad.

El hecho de que ciertos abusadores busquen a cualquier precio excitar a su víctima, procurándole placeres sexuales, y en los casos extremos el orgasmo, explica también la búsqueda compulsiva por parte de la víctima de contactos sexuales y el fenómeno de la sexualización traumática.

Después de algún tiempo, cuando mi padre venía a mi habitación y me miraba, no me podía resistir. Él me acariciaba y se apoderaba de mi cuerpo y de mi cerebro. Además, era mi padre, yo estaba programada para obedecerle. Sentía que una parte de mí estaba hechizada; él me daba asco, pero al mismo tiempo me gustaban sus caricias. Cuando tuve diecisiete años, me enamoré del que hoy es mi marido. Pude conocer otra experiencia; mis contactos con él me hicieron comprender que había otra manera de vivir la sexualidad. A partir de ese momento empecé a odiar a mi padre y se lo conté todo a mi novio. Cuando tuve dieciocho años nos casamos, y me fui a vivir a otro pueblo para que al fin cesase el hechizo, pero para mi sufrimiento interior fueron necesarios años de terapia. Hoy tengo treinta y cuatro años, mi padre está muerto y tengo dos hijos, una niña y un niño. Espero que para ellos sea diferente.

Todos estos elementos ayudan a comprender la dificultad que tienen los niños en edad preescolar y escolar para percibir su situación como abusiva y anormal; como resultado, reciben una revelación tardía y no convincente.

Cuando mi padre comenzó a tocarme, yo era pequeña, tenía cuatro o cinco años. Al principio no sabía que eso no se hacía, no entendía lo que le pasaba cuando se frotaba sobre mí explicándome que era un juego... Empecé a dudar cuando él insistió en que no lo hablase con nadie.

A pesar de eso, nuestra paciente, que tiene ahora dieciocho años, y fue víctima de incesto como su hermana menor de dieciséis, sólo pudo hablar de ello a los catorce. Cuando en el transcurso de la terapia le preguntamos: «¿Cómo explicas que hayas podido soportar todo esto durante años de silencio?», ella nos miró y respondió:

No sé explicarlo... Es como una costumbre que se instala; sobre todo que él siempre fue gentil, jamás me forzó. Él ya había empezado cuando mi madre lo dejó para irse con otro hombre, dejándonos solas con él. Yo tenía siete años, fue él quien se ocupó de nosotros. Éramos cinco hijos, yo la mayor. Mi padre tenía confianza en mí, era yo la que organizaba las cosas de la casa, el dinero, etc.; yo era también su confidente, él nunca se detuvo y yo dejé de pensar en ello; ya era como una costumbre.

A los once años, después de una reunión en la escuela, hablé con mi madre, quien me prometió hablar con mi padre. Él prometió no hacerlo más pero siguió igual. Al contrario, habló largamente conmigo y logró convencerme de que no había nada de malo en ello; me dijo que si yo hablaba, él iría a prisión y que toda nuestra familia estaría repartida. Pensaba en mi hermana, mi hermano y las dos más pequeñas imaginándolas sin familia, en un orfanato. Mi hermana menor nos sorprendió una vez; para hacerla callar mi padre le hizo lo mismo. Esta situación me perturbó mucho, pero sin poder reaccionar mi hermana y yo guardamos silencio. A los catorce años me enamoré de un muchacho mayor que yo. Le amaba de verdad y se lo conté todo, pidiéndole que guardara el secreto, pero fue a la policía, mi padre fue detenido y mi hermana y yo trasladadas a un centro de acogida. Hoy pienso que ese muchacho hizo bien pero en esa época le tuve mucho rencor por haberme traicionado.

Revelaciones tardías como éstas nos han impulsado a comprender por qué dichas situaciones se producen de esta manera. A diferencia de los pequeños, los jóvenes poseen un vocabulario suficiente y un nivel de desarrollo que les da más autonomía e independencia, pero el abuso los ha perturbado gravemente, lo que explica que la denuncia se haga de manera impulsiva y no reflexiva, y a menudo en circunstancias poco convincentes, por ejemplo, después de una disputa con el abusador o cuando éste descubre su primera relación amorosa. Por otra parte, como continuación al proceso abusivo, la víctima se encuentra a menudo en un proceso de predefinición o marginación, presentando comportamientos fuertemente sexualizados y/o consumiendo drogas y alcohol.

En otros casos, al contrario, la víctima ha podido preservar un funcionamiento denegado bien adaptado, ya sea a nivel familiar, a nivel escolar, o ambos, apareciendo externamente como una niña

normal sin problemas, lo cual dificulta también la credibilidad de su revelación. Paradójicamente, por su actitud sumisa y bien adaptada, a los profesionales les cuesta creer que lo que la víctima revela sea cierto y a veces tratan de convencerla del carácter imaginario del contenido de su experiencia. Las enormes dificultades que un niño tiene para romper la ley del silencio y el aislamiento impuesto por el abusador son aún mal aceptadas por el mundo adulto. Así, por ejemplo, el entorno profesional de la víctima puede aceptar fácilmente que ésta haya podido tolerar esta situación durante tantos años sin decir nada. Como nunca han estado en esta situación, estos adultos olvidan que la víctima es un niño o una niña atrapados por alguien que, por su posición y su rol, tenía la función de educarle y de protegerle.

Después de la denuncia, el riesgo de retraacción es grande. Todas las posibilidades de poder sacar al niño del infierno abusivo dependen de la manera en que los interventores, externos a la familia escuchan, asisten y protejan a la víctima y su revelación. La denuncia del abuso sexual fuera de la familia supone una perturbación de tal intensidad que pone en peligro la homeostasis familiar y también los sistemas institucionales que rodean al niño — sistemas que él escoge para depositar su secreto.

La crisis provocada por la divulgación puede ser insostenible para todas las personas implicadas, y por eso se dirigen a la víctima mensajes directos e indirectos para obligarle a callar o a retrañarse. Estos mensajes tienen eco en las víctimas que callan o se retrañan sacrificándose con la ilusión de salvar una vez más lo que se puede salvar, viéndose nuevamente aspiradas por una situación donde la soledad y la exclusión son su única realidad. La víctima se ofrece para mantener una vez más el «equilibrio familiar» y también el equilibrio del entorno social. Su retracción preserva la homeostasis familiar y la de los sistemas institucionales implicados. Las revelaciones han desencadenado tal revuelo que su retracción puede ser fácilmente vivida como un alivio, incluso a veces como la única actitud positiva y «responsable» de un adolescente «caracterial» y marginal.

En los últimos años han surgido afortunadamente una serie de cambios a este respecto. Cada vez hay más profesionales sensibles a los cambios sobre la existencia de esta violencia impensable que tienen una atención especial para ofrecer una ayuda activa a la víctima, disminuyendo de esta manera la posibilidad de retracción.

LA DINÁMICA FAMILIAR DEL INCESTO ENTRE HERMANOS

La sexualización de la relación fraternal es otra manifestación del fracaso de los rituales naturales que regulan la sexualidad en una familia. Esta expresa a menudo una patología del ambiente familiar, que se construye silenciosamente de manera larvada en el transcurso de las generaciones.

Según Dessoy (1993) el ambiente familiar es el clima emocional de base de una familia que modula de manera significativa las relaciones entre sus miembros. Una deficiencia en los mecanismos de regulación de la sexualidad familiar puede conducir a un ambiente hipo o hipersexualizado.

En el incesto ligado a un ambiente hiposexualizado o incesto por poder, los padres impiden a las niñas y a los niños acceder a todo conocimiento sobre su cuerpo, las relaciones afectivas, y la sexualidad, dado que no tienen ni el vocabulario ni la experiencia adecuados para conversar sobre estos temas. Un tabú y/o una prohibición generalizada implícita o explícita a referirse a estos temas está presente en el ambiente familiar. La prohibición del incesto nunca es enunciada, particularmente la que se da entre hermanos y hermanas.

Los niños despiertan a su excitación sexual sin las barreras educativas de sus padres, de tal manera que la curiosidad y los deseos sexuales despertados por el descubrimiento del erotismo de sus cuerpos terminan por transformarse en relaciones incestuosas entre hermanos. Por otra parte, en este tipo de ambiente los padres, no comunican nunca abiertamente los asuntos relacionados con el sexo, pero sí lo hacen a través de la instalación permanente del misterio y del tabú, provocando una atracción y una fascinación exageradas y a veces compulsivas de los niños acerca de lo que está prohibido.

En la familia de Andy y Rose nunca se ha hablado de sexo; en realidad nunca se ha hablado de nada, salvo de las reglas para que los niños sean buenos, disciplinados y que trabajen bien en la escuela. La instalación de un *baby-phione* en la habitación de los niños comunicando directamente con la de los padres, permitía a estos últimos escuchar todo lo que se decía en dicha habitación. El ambiente hiposexualizado de esta familia estaba en contradicción con un clima incestuoso que implicaba a tres generaciones. El padre tenía una relación fusional y confusa con su hija. El hijo era el confidente y el compañero preferido de la madre, hasta el punto de que ella le bañó hasta los catorce años ejerciendo un control intrusivo sobre él y un chantaje afectivo. El padre desarrolló respecto a su hijo una rivalidad evidente, dando una connotación negativa

a todo lo que éste hacía, acusándole de tener alma de delincuente. La madre defendía al hijo atacando a su hija, para agredir a su marido. Esos dos cónyuges se agredían a través de sus hijos. Por el fenómeno de la «predicción que se realiza» o «profecía autocumplida», los hijos se transformaron, ella en prostituta y él en un vago sin ningún futuro.

El padre de esta familia era hijo único de una familia de comerciantes. Su propio padre estaba ausente a menudo y con su madre estableció una relación fusional. Aseguró la continuidad de la empresa familiar de más de un siglo de antigüedad. Una vez casado, el futuro padre no logró establecer una frontera alrededor de su nueva familia, que fue «devorada» por las dos familias madres. La esposa guardaba un recuerdo idílico de su propia vida familiar, pero esta visión mistificada protegía un secreto familiar: su padre había sido un donjuán. Ella se refiere a este lado oscuro de su padre con un aire de fascinación por ese bello hombre, galante con todas las mujeres, amén de sus hijas. Nos dijo: «Mi padre desgraciadamente murió demasiado pronto. Yo tenía sólo dieciocho años, pero nos dejó un recuerdo inolvidable... Mi madre era menos alegre, más severa con nosotros, las hijas; ella se sentía más cercana a los muchachos. Pero guardamos una relación muy estrecha. La vamos a ver todos los domingos y yo la llamo una vez al día. Mi hijo es su preferido».

La relación incestuosa fraterna fue revelada en una sesión de terapia familiar debido a los problemas de toxicomanía de Rose. Los padres reaccionaron en el límite de la indiferencia y el hermano abusador, reconociendo los hechos, mostraba muy poco remordimiento. Fue necesario un largo proceso terapéutico para que esta familia asumiera su drama y la amplitud de los estragos de éste sobre sus hijos. Como resultado de la terapia, Rose decidió dejar la prostitución y controlar su sexualidad de una manera más positiva, sometiéndose además a un tratamiento con metadona.

El incesto entre hermanos puede también producirse en una familia hipersexualizada que facilita la atracción sexual entre hermanos y hermanas, impidiendo el desarrollo de comportamientos y de representaciones de rechazo del incesto. Las relaciones afectivas padre-hija, madre-hijo, abuelos-niños o dentro de las tres generaciones, están fuertemente sexualizadas y muy a menudo acompañadas de la ausencia de una representación del incesto como prohibición fundamental.

Para ilustrar esta situación, he aquí el caso de la familia M.:

La primera que vino a consultarme fue D, una mujer de treinta y dos años, madre de un niño de cuatro, que tenía una pareja homosexual desde hacía algunos años. Tenía miedo de que su pareja pudiese iniciar

sexualmente a su hijo. Esta idea era una obsesión angustiosa para ella. Esta paciente y sus dos hermanas habían sido víctimas de gestos y conversaciones obscenas por parte de su padre. El recuerdo era muy lejano; cuando ellas eran muy pequeñas, su padre tenía la costumbre de manosearlas en el baño. Algo mayores, las besaba en la boca y les acariciaba los pechos argumentando que la naturaleza fue hecha para que padres y niños «se quieran a fondo». La madre era descrita como «fria y cruel»; acusaba a menudo a sus hijas de ser malas y las culpaba de todas sus desgracias. En cambio tenía una relación privilegiada con sus hijos varones. A los ocho años nuestra paciente había descubierto que su madre engañaba al padre y había sido testigo de las relaciones sexuales de ésta con sus amantes.

Esta mujer pudo descubrir en su terapia hasta qué punto las transgresiones de sus padres habían pervertido y sexualizado las relaciones entre hermanos y hermanas. De adolescente había sido empujada por su hermano mayor a mostrarse desnuda mientras él la fotografiaba y se masturbaba. Ella pudo reconocer que estas experiencias no le habían extrañado, y que participó en ellas con cierto grado de excitación. Descubrió también los lazos entre este tipo de experiencia y el hecho de sentirse actualmente atraída y excitada por hombres que la trataban con violencia.

La hermana de D., la señora M., dos años mayor, me consultó algunos meses después. Afirmó sentirse mal y culpabilizarse por no poder ser feliz. Lo tenía todo para serlo: una profesión, un marido que la amaba, y dos hijas encantadoras fáciles de educar. Pero jamás se sentía amada por los otros. Creía que debía dar mucho a los otros para así ser aceptada, culpabilizándose de todo y con el sentimiento de estar siempre equivocada, viviendo entonces momentos de depresión y angustia sin poderse explicar la causa de sus tormentos. Pasamos juntos varias sesiones abordando sus dificultades, estableciendo los lazos entre su sufrimiento y el ambiente familiar en el cual creció; hablamos de ella, de su hermana, de sus padres... Todo esto parecía ayudarla a descubrir aspectos de su historia, pero había algo que la atormentaba que no lograba verbalizar:

Un día habló de una carta de su hermano refiriéndose a su contenido como si fuese el de una carta de un amante celoso. Al ver mi extrañeza, me reveló su secreto: «La historia de mi hermano y mía es una historia de amor. Esto comenzó cuando yo tenía trece años y él dieciséis. Él estaba enamorado de mí y yo de él, era físico, pero también espiritual, nos besábamos y nos tocábamos por todas partes. Fue él quien me inició en la sexualidad. Eso duró hasta los dieciséis años. Él quería hacer el amor, penetrarme, pero eso para mí estaba prohibido. Se lo impedí, pero seguimos estando los dos enamorados hasta mis dieciocho años. A esa edad conocí a mi marido actual, del que me enamoré y poco a poco fui distanciándome de mi hermano... Me siento triste por él, porque nunca pudo rehacer su vida; está solo y yo soy la única que él ama».

LAS ORGANIZACIONES FAMILIARES ABUSIVAS EN EL CASO DE INCESTO ENTRE PADRE E HIJA

La reacción particular de cada familia frente a la divulgación, seguida de las informaciones recogidas durante las sesiones con los diferentes protagonistas me ha permitido construir una tipología donde podemos distinguir tres tipos de organización familiar.

Un primer modelo corresponde a la organización emmarañada y alruista. El discurso de los miembros de este sistema familiar en el momento de la crisis, es el lenguaje del «arrepentimiento» y del «perdón». Arrepentimiento del adulto abusador y perdón del conjunto de la familia, víctima incluida. El padre agresor tratará de convencerse y convencerlos de que no sabe por qué abusó de su hija. Se siente como alguien sobrepasado por una fuerza que lo ha empujado a hacerlo; expresa un estado de angustia profundo, sintiéndose aliviado por haber sido denunciado. Está dispuesto a hacer todo lo que se le pida para reparar el daño causado.

Se trata a menudo de una estructura familiar en la que el padre es descrito como afectuoso, tierno y cercano a sus hijos, ocupándose de manera activa de ellos desde que nacieron; se dirá de él que es un «padre maternal». A medida que los niños crecen, él se implica más y más en la vida de ellos teniendo una predilección por los juegos corporales.

En la familia de Carole y Dorotea, el padre se ocupó siempre de los cuidados corporales de sus hijas. Llegadas a la pubertad, le gustaba jugar con ellas simulando combates corporales a menudo con el torso desnudo. La madre nunca había considerado la abnegación de su marido como anormal; ella mostraba complacencia y admiración por las capacidades afectivas de su marido. Ella era el pilar de la familia, responsable de todas las gestiones organizativas y de las finanzas familiares, así como de los intercambios con el exterior y la manutención de la casa. Cuando su marido salía con las niñas, prefería quedarse en casa, expresando su satisfacción por esos momentos de descanso y de tranquilidad que le permitían leer, reflexionar o terminar sus quehaceres domésticos.

En el contexto de la crisis provocada por la revelación, la víctima puede ser empujada rápidamente a asumir de nuevo el papel de salvadora de todos, incluido su abusador. El clima de arrepentimiento y perdón que se manifiesta luego en esas familias suele desencadenar la ambivalencia y la vacilación de los sistemas que intervienen. Los profesionales están divididos entre el deseo de pro-

teger la cohesión de la familia minimizando los hechos, o denunciarlos a la justicia para obtener el castigo del padre incestuoso.

Otro modelo es el de la *organización promiscua caótica, indiferenciada y usurpadora*. El discurso de los adultos de la familia durante la crisis surgida tras las revelaciones se caracteriza por el estu- por. Ellos están sorprendidos de la conmoción de los interventores, incluyendo «la justicia». El abusador no muestra ningún signo de pesar. Si reconoce los hechos, los justifica a partir de sus creencias considerándolos como «normales», por ejemplo «para la educación sexual de su hija» y/o «preparar a sus hijas para las cosas de la vida».

La promiscuidad de las interacciones, caóticas y la falta de fronteras generacionales son las características notorias de este funcionamiento familiar. Encontramos la tendencia a las interacciones con rupturas relacionales múltiples y repetidas a nivel transgeneracional. Las estructuras familiares son muy heterogéneas y variables. Por ejemplo, los niños viven con un padre que no es el biológico, o con una madre que es madre biológica sólo de algunos de los niños, etc. La promiscuidad se debe generalmente a la pobreza y al hacinamiento, situación objetiva que facilita las transgresiones sexuales. En ese contexto, «las relaciones sexuales» salen del terreno de la intimidad de los adultos para llegar a ser posibles y normales entre adultos y niños, entre hermanos, etc.

Existen antecedentes de carencias psicosociales graves que se han repetido de generación en generación favoreciendo la emergencia de conductas deprecadoras. Las niñas pueden ser fácilmente las presas de los adultos en busca de ternura, de «calor humano» y de poder. En esta óptica, la niña se transforma también en chivo expiatorio de una familia abusiva, pero también de un sistema social injusto. Estas carencias múltiples impiden a la familia desarrollar intercambios positivos con el entorno (trabajo, amigos, obligaciones administrativas, etc.), lo que va a reforzar el bloqueo y el repliegue de la familia sobre sí misma.

En la historia familiar, las creencias tienen la forma de mitos de aniquilamiento y de supervivencia. Muchas veces los padres han sido abandonados, víctimas de negligencia y separaciones precoces y/o han conocido múltiples traslados a diversas instituciones en el transcurso de su infancia o adolescencia. Cuando han vivido en familia, han sido utilizados en el combate por la supervivencia de sus padres aprendiendo a utilizar a los otros para «resistir». La crisis de la revelación se presenta más bien en los interventores. Esto aclara la dificultad de movilizar a los miembros de la familia, víctima in-

cluida, para participar en un programa terapéutico. El pesimismo y el escepticismo de los profesionales puede ser dominante. Los mitos de destrucción y de supervivencia de esas familias se han infiltrado en el sistema de los interventores, provocando una parálisis de la esperanza de lograr un cambio.

La *organización rígida, absolutista y totalitaria* es un modelo donde la reacción de la familia durante la crisis se caracteriza por la negación, el rechazo y la culpabilización de la víctima. La reacción del abusador es la más chocante. La víctima ha revelado la situación de abuso, pero el adulto continúa defendiendo su pseudoyó, sus relaciones familiares idealizadas y su mundo moral puritano, todo ello en plena contradicción con lo que se acaba de descubrir. Las manifestaciones de este individuo son profundamente dogmáticas, la adhesión a una representación mítica de la realidad excluye toda posibilidad de crítica de sus gestos. Este sujeto se enfurece cuando algo nuevo cuestiona lo que él piensa de sí mismo y del mundo, a pesar de que esto es completamente incongruente con lo que él ha hecho, y además es incapaz de reconocer estos actos. Este padre autoritario y moralista lo negará todo en bloque, rechazando con todas sus fuerzas la posibilidad de haber podido cometer tales bajezas. Si las evidencias son demasiado claras, acusará a sus(s) hijas) de haberlo inclinado o provocado. A menudo la madre sostiene este discurso, descalificando el testimonio de sus hijas.

En la organización de este tipo de familia existe «una regla mítica» que se expresa así: «Está prohibido saber», es decir, que no se puede reflexionar sobre el conocimiento y, como consecuencia, sobre la vida misma. En ese sistema totalitario, las experiencias subjetivas y emocionales de cada uno son negadas, y las creencias rígidas y dogmáticas construidas en dinámicas transgeneracionales abusivas son más importantes que el respeto por los individuos. Además estas creencias tienen también la función de mantener el poder de un padre autoritario y absolutista.

Este adulto abusivo es casi siempre un niño del que se ha abusado. El abusador es un abusado que abusa. Esta redefinición nos permite comprender la transgresión y no verla sólo como el resultado de un espíritu maléfico o enfermo, sino como la consecuencia de un proceso colectivo con una multiplicidad transgeneracional de actores y de responsables. Este cambio de perspectiva nos abre las puertas para que cada profesional se comprometa, a su nivel, en el combate para detener este círculo repetitivo del abuso y de la violencia.

En el funcionamiento del sistema abusivo, la posibilidad de diálogo está excluida. Por tanto, nuestro desafío en cuanto seres humanos portadores de un rol social terapéutico es contribuir a crear las condiciones para que este diálogo sea posible. Pero para ello es necesario crear en el diálogo y hay que comprometerse para que sea posible.

10. UN ENFOQUE TERAPÉUTICO Y DE PREVENCIÓN DEL MALTRATO BASADO EN UN MODELO DE REDES

Se puede decir que sólo a partir de 1979 la sociedad belga acepta que el maltrato infantil es un problema de salud pública y por tanto un problema social. Desde ese año hasta 1983, la ONE (Office de la Naissance et de l'Enfance), con el apoyo de la comunidad francesa de Bélgica y el concurso de las universidades de Lieja, Libre de Bruselas, y Católica de Lovaina, desarrolló un programa de investigación-acción destinado a realizar un estudio de la situación de la infancia maltratada en ese país. Los resultados de esta investigación permitieron a la opinión pública tomar conciencia de la magnitud del problema. La necesidad de la utilización de una lectura ecosistémica para la comprensión de este fenómeno, permitió la elaboración de lo que es actualmente el Programa Nacional de Prevención y de Tratamiento del Maltrato Infantil en la parte francófona del país.

Bélgica, a diferencia de otros países europeos, eligió como modelo la creación de equipos especializados llamados equipos «SOS Enfants-Famille». Estos equipos multidisciplinarios, compuestos por médicos, psicólogos, trabajadores sociales, abogados y personal de secretaría, tienen por decreto una triple misión:

1. La atención integral al niño maltratado y a su familia.
2. Desarrollar investigaciones sobre el fenómeno del maltrato y los diferentes modelos para erradicarlo.
3. Desarrollar programas de formación para los diferentes niveles profesionales implicados en la protección infantil.

Si bien es cierto que la creación de estos equipos por parte del legislativo permite una mejora para la infancia del país, desde el comienzo existió el riesgo de que la comunidad considerara estos